

Joan Fuster

EL I COLOQUIO INTERNACIONAL SOBRE NOVELA

A las Conversaciones Poéticas que se celebraron entre el 18 y el 25 de mayo, ha seguido, en el mismo Formentor apacible y hospitalario, y 26 al 28, el I Coloquio Internacional sobre Novela. Esta vez, la iniciativa partía de la dirección de Biblioteca Breve. La Breve ha mostrado, desde sus comienzos, un particular interés por difundir entre nosotros las más recientes experiencias de la novelística europea y el premio anual que concede tiende, en cierto modo, a estimular en los novelistas españoles una preocupación técnica renovadora. Precisamente correspondía otorgar por estas fechas el segundo premio Biblioteca Breve, y se ha hecho coincidir con este acontecimiento una reunión de novelistas y críticos, procedentes de diversos países, que planteasen y debatiesen, en amistoso diálogo, los problemas y la situación de la narrativa actual. A la cita de Formentor han acudido ingleses, como Henry Green; franceses, como Alain Robbe-Grillet, Michel Butor y Maurice Coindreau; italianos, como Italo Calvino, y, claro está, españoles: Mercedes Salisachs, Carmen Martín Gaité, Camilo José Cela, los Goytisolo, José M. Castellet. Delibes, J. M. Espinás, J. M. Valverde, López Pacheco, J. Petit, Celaya, Castillo Puche, Jorge C. Trulock...

El coloquio, que fue dirigido por Carlos Barral, tenía un temario apasionante: se trataba, fundamentalmente, de precisar la actitud del novelista de hoy frente a la realidad, frente a la sociedad y frente a su propio arte y aventurar una respuesta a la pregunta de si la novela, como género literario, está entrando en un periodo de florecimiento o bien atraviesa una época de crisis. Como era lógico, dada la diversidad de puntos de partida estéticos y hasta éticos de los concurrentes, los criterios en juego fueron, desde luego, encontrados, y en algún momento, de polémica franca e inconciliable. Lo que, para mí, mero espectador, tenía más interés, era, en el fondo, la oportunidad que se ofrecía a los representantes de dos tendencias novelísticas muy concretas y caracterizadas, de confrontar sus posiciones: la nueva escuela francesa, llamada con mayor o menor rigor «objetivista», y los jóvenes realistas españoles. Quizá la discrepancia entre unos y otros no quedó tan claramente formulada como yo esperaba; pero, en lo esencial, saltó a la vista.

El primer punto de discusión ya lo imponía. Se intentaba aclarar si el novelista «debe» convertir o no su obra en instrumento de transformación de la sociedad. No puedo detenerme a consignar lo que a este propósito opinaron cuantos intervinieron en el debate. Destacaré, con todo, que la respuesta de los realistas españoles fue tajantemente afirmativa: propugnaron, en efecto, el *engagement* del escritor como un imperativo de orden moral, que en su caso concreto declararon indeclinable. Robbe-Grillet opuso a ello un escrúpulo sutil: a su entender, tal pretensión significaría desplazar la obra de su estricto valor literario a la eficacia de su alcance social.

Cuando se habló de que el novelista debe adivinar el sentido en que se mueve la historia y ayudar a su cumplimiento, el autor de *La celosía* afirmó que, en todo caso, el novelista sólo habría de contribuir a esa empresa, preocupándose del progreso de la novela. Robbe-Grillet es un epígono de la teoría del arte por el arte: Michel Butor fue justo al calificarle así. Pero Butor –hombre de labia cartesiana– no llegó a conclusiones muy distintas, después de afirmar la función social de la novela, acabó indicando que la novela sólo puede colaborar a la transformación de la sociedad, transformándose ella misma.

Era previsible el enfoque de la cuestión que expusieron los dos novelistas franceses. Al tratarse del problema de las innovaciones técnicas del género, se hizo patente en sus palabras la primacía que a la especulación formal dan Butor y Robbe-Grillet. No les faltaba razón, en parte, al proclamar la índole sustantiva de la técnica en el arte de novelar y la licitud de ensayar nuevos procedimientos formales. Lo curioso del caso fue que si alguien objetó a la radicalidad de sus principios, alegando los riesgos de un virtuosismo vacío o de un enclaustramiento minoritario, no fueron los novelistas sociales, como parecía ser obligado. Quedó un poco en el aire la disyuntiva entre el esteticismo técnico y la eficacia social. Y al llegar a la hora del balance final, se apreció una «casi» unanimidad en creer que la novela tiene ante sí un porvenir optimista, lejos de cualquier sospecha de defunción del género. Uno piensa que más vale así: sería terrible que los interesados pecasen de escépticos. Con aquella convicción seguirán escribiendo novelas, y es probable que de ese modo consigan hacer cierto el augurio...

Durante la cena del segundo día del coloquio, un jurado compuesto por Carlos Barral, Víctor Seix, Juan Petit, José M. Valverde y José M. Castellet, decidió la concesión del segundo premio Biblioteca Breve. Las primeras votaciones ya destacaron dos obras con amplia ventaja sobre las restantes: *Nuevas amistades*, de Juan García Hortelano, y *Eloy*, de Carlos Droguett. Fue aquélla la galardonada, quedando finalista la de Droguett. Juan García Hortelano –madrialeño, treinta años, inédito– todavía tuvo tiempo de acudir a Formentor para asistir a la última sesión de los coloquios y aceptar las felicitaciones de sus colegas. Por lo demás las reuniones respondieron a la expectación que habían suscitado. La radio, la televisión y el Nodo recogieron sus momentos más interesantes, y periodistas españoles y extranjeros los reportaron a sus publicaciones. La Biblioteca Breve y el hotel Formentor, que organizaron y patrocinaron el coloquio, pueden considerarse satisfechos de su resultado.

[*Levante*, 7 juny 1959]